

ditos, á los sabios, á los príncipes y sus ministros; asistireis á las edificaciones y á las ruinas: hijos del tiempo, el tiempo os iniciará en los secretos del hombre; y cuando los sepais, cuando tengais la medida de lo que es humano, tal vez algun dia, al bajar de esas alturas en que esperábais, direis tambien: « Yo conozco bien á los hombres, y te digo que Jesucristo no era un hombre. »

Algun dia tambien grabará la Francia estas palabras en el sepulcro de su gran Capitan, donde brillarán con mas inmortal esplendor que el sol de las Pirámides y de Austerlitz!

SERMON TRIGÉSIMO OCTAVO.

Del poder público de Jesucristo.

Jesucristo nos dió su palabra de que era Dios, y probó la sinceridad de su palabra por su carácter; luego era Dios. ¿Pero es esto toda la prueba de su divinidad? Sin duda que la palabra, es decir, la afirmacion de sí mismo, es la manifestacion primera de los seres dotados de inteligencia: no hay duda que el carácter, la expresion de sí mismo por la fisonomía moral, es la segunda y natural manifestacion de los mismos seres; ¿pero es esto todo? ¿No hay nada mas? Y aun cuando esta demostracion bastase para las relaciones vulgares que tienen los hombres entre sí, ¿seria suficiente cuando se trata de las relaciones de Dios con los hombres? No, evidentemente no. Porque al fin es necesaria cierta penetracion para juzgar de un carácter, es necesario tambien tiempo: no se descubre enteramente en un dia una fisonomía moral, y cuando Dios aparece, señores, cuando hace tanto como venir, es claro que del primer golpe debe haber en su aparicion algo que excluya la duda, que excluya el debate, que excluya el tiempo, que excluya hasta la ciencia; algo que sea reconocido por todos y al instante; algo, en fin, que sea el poder público de Dios y que revele infaliblemente su presencia y accion. Así como existe para la soberanía terrestre una expresion cierta de su magestad, debe haber para Dios un modo eminente é igual á él, por el cual, al venir á mostrarse, toda inteligencia, como no sea insensatamente rebelde, se incline y diga: Es él. ¿Cuál es el modo de manifestacion á que he llamado el poder público de Dios? ¿En qué consiste? ¿Jesucristo le ha poseido? ¿Cuáles son las objeciones á que da lugar, y qué respuesta las destruye? Este es, señores, el vasto campo que vamos hoy á recorrer.

Ningun ser puede manifestarse sino por los elementos que en sí contiene y que constituyen su naturaleza. Ahora bien, todo ser, cualquiera que sea, encierra solo tres elementos, la sustancia, la fuerza y la ley: la sustancia, que es el fondo del ser; la fuerza, que es su actividad; la ley, que es la medida de su accion. Si echamos

una mirada al último de los seres, al ser que se halla tan próximo á la nada cuanto es posible, reconoceremos en él esos tres elementos. Así, el átomo tiene una sustancia, cierta cosa que subsiste, que se lleva; cierta cosa que no podemos analizar, pero á que hemos llamado con un nombre misterioso, que quiere decir, lo que está debajo y sostiene todo lo que está encima. El átomo tiene una fuerza de resistencia; para mudarle de lugar se necesita también movimiento, por ligero que sea, y sin este movimiento, permanecerá inmóvil. Tiene una fuerza de cohesión, por la cual se mantienen juntas sus partes; una fuerza de afinidad, por la que atrae á sí otros átomos, porque su vocación, así como la vuestra, es crecer. Tiene una fuerza de pasividad por la cual recibe la luz, el calor y todos los flúidos de que necesita su vida oscura, pero sabia y profunda. En fin, hállanse regladas por una ley su sustancia y su fuerza; no está solo en el mundo, sino enlazado con otros seres; sufre influencias como otros sufren la suya; tiene una medida en su acción, como la tienen otros en la que ejercen sobre él. Sustancia, fuerza, ley, todo esto hay en un átomo, y todo esto hay en Dios, que es el padre del átomo. Dios es la plenitud de la sustancia, la plenitud de la fuerza, la plenitud de la ley; es la sustancia infinita, la fuerza absoluta, la ley eterna.

Es todavía mas que eso: es el centro de todas las sustancias que ha criado y que conserva; el centro de todas las fuerzas, las cuales salen de él y vuelven á él; el centro de todas las leyes, de que él es el principio, la sanción y la magestad.

Siendo esta la condición de los seres, desde el átomo hasta Dios, todo ser puede manifestarse de tres maneras: por su sustancia, por su fuerza ó por su ley. Por su sustancia; así se nos aparecen los cuerpos: por su fuerza; así se nos revela el alma: por su ley; así los astros, aun los invisibles, se hacen presentir del astrónomo con auxilio del movimiento general que los rige, teniéndolos ó arrebatándolos lejos de nuestra vista. Y por consiguiente Dios mismo puede manifestarse como sustancia, como fuerza y como ley, como centro de todas las sustancias, de todas las fuerzas y de todas las leyes. Porque si un átomo está en esa posesión magnífica de revelarse, si desde el fondo de su polvo y de su nada choca á nuestros ojos, entra en nuestras academias, provoca nuestros debates, agota por espacio de siglos nuestra ciencia, ¿cuánto mas tendrá Dios el derecho y el poder de manifestarse? Un ser que no se muestra, no existe. Porque la vocación de todos los seres, sin excepción, es apa-

recer, hacerse un teatro y obrar; y como no se obra sin manifestarse, manifestarse es vivir. Y si Dios es la vida, es evidente que solo se ocupa en una cosa, que es aparecer, fulgurar, conquistar, en una palabra, ser en todas partes lo que es, el rey de las sustancias, el rey de las fuerzas, el rey de las leyes.

Es verdad que al presente nos oculta su sustancia, á nosotros hombres, y que podemos decir de él con el Profeta: *¡ Verdaderamente sois un Dios escondido!* (1) Pero si nos oculta esta visión directa de su ser, no es por impotencia ó por envidia, sino por respeto á nuestra libertad y al mismo trato que quiere mantener con nosotros. Si hubiéramos visto desde luego su sustancia, el brillo irresistible de esta aparición habría arrebatado á nuestra alma la libertad de sus movimientos; nuestra alma hubiera adorado á Dios necesariamente, cuando la adoración que Dios quiere y tiene derecho de querer, es una adoración de elección y de amor que salga de nuestro corazón y que toque al suyo. Era, pues, necesario que Dios se manifestara sin deslumbrarnos ni hacernos esclavos de su belleza; era preciso que le viéramos sin verle, que estuviésemos ciertos de su presencia sin ser oprimidos por ella, y por eso nos ha ocultado su sustancia, dejándonos al mismo tiempo su luz de la manera que el sol amontona nubes para disminuir su esplendor, permaneciendo no obstante visible en medio del cielo.

Si la manifestación de Dios por medio de su sustancia hubiera sido demasiado fuerte para nuestra libertad, habría otro inconveniente en que no se manifestara sino por su ley. La ley de Dios es la verdad, es decir, el conjunto de todas las relaciones necesarias y de todas las relaciones posibles, de todas las relaciones increadas y de todas las relaciones creables. Revelándonos la verdad, se revela el mismo Dios á nosotros; pero bajo una forma que nos permite fácilmente desconocerle, porque separamos la verdad del fondo viviente que la lleva, y la trasformamos en una especie de creación y de ídolo de nuestra mente, ó bien aún, porque no pudiendo en ciertos casos saludarla como obra de nuestra inteligencia, la echamos fuera como á una extranjera que nos ofende y nos miente. Sin duda puede Dios elevar la verdad hasta la profecía, anunciando de lejos las relaciones que se establecerán en el fondo de los tiempos entre cosas é imperios cuyo nombre no existe todavía; pero la profecía necesita tiempo para cumplirse y compulsarse: hasta el postrer momento permanece

(1) Isaías, cap. 45, vers. 5.

suspensa en la historia, como un sueño indigno de nuestra atención, y si quiere ceñirse á acontecimientos muy cercanos, pierde en fuerza perdiendo en anterioridad. Así, ni aun en el estado profético puede ser la verdad el signo instantáneo de la presencia divina. De suerte que al paso que la manifestación de Dios por medio de su sustancia sería demasiado absoluta, la que nos da de sí mediante su ley, es decir, por la verdad, es sobradamente débil para convencernos inmediatamente.

Réstale á Dios la fuerza para revelarse con una claridad que no dé mucha ni poca luz.

Pero aun la fuerza, la posee Dios y puede ejercerla en tres órdenes diferentes: el físico, que abarca todos los reinos de la naturaleza; el orden moral, que es el conjunto de las cosas del alma; y el orden social, que comprende el alma y el cuerpo del hombre, colocados bajo las leyes de la unidad. Ahora bien, Dios ha aplicado visiblemente su fuerza por medio de Jesucristo á los dos últimos órdenes, es decir, al alma y á la sociedad, segun hemos visto en nuestras Conferencias anteriores, cuando tratamos de las virtudes reservadas á la influencia de la doctrina católica, y de los efectos sociales producidos por esta misma doctrina, hija de Jesucristo. No obstante, este signo de divinidad no podía ser la aureola inmediata y súbita de Jesucristo, cuando al aparecer por primera vez entre los hombres, tenía que presentarles sus credenciales en nombre del Padre cuyo único y augusto Hijo se llamaba. La conversión del alma, su elevación á las virtudes mas inaccesibles, exigen tiempo y la cooperación del hombre mismo; la fundación de una sociedad visible, dotada de los privilegios de la unidad, de la universalidad, de la estabilidad, de la santidad, exige mayor tiempo todavía, y la cooperación de innumerable multitud de hombres diseminados sobre la haz de los tiempos y de los países. Dios no crea una sociedad de la noche á la mañana, ni aun convierte un alma en tan corto intervalo; y cuando por acaso obra este último prodigio, el hombre que ha sido su objeto y que está seguro de ello, no se hace al punto una antorcha que ilumine al mundo con el espectáculo de su virtud; lleva largo tiempo entre sombras el misterio de Dios; retirase como Pablo al desierto, y este desierto, aun cuando sea la misma muchedumbre, pasa muchos días por el lado de un alma transfigurada antes de reconocer en ella el divino signo.

¿Qué resta, pues, señores, á Dios, para que sea su modo eminente de aparición, su sello propio é inimitable, el relieve público de su

figura en el espacio y el tiempo? Réstale su fuerza física, ó, en otros términos, su soberanía sobre la naturaleza; soberanía que no encuentra en la materia y el orden que son su escena, ninguna libertad que respetar, y por consiguiente ninguna cooperación que pedir y que esperar, sino solo una inmensa energía, cuya sumisión instantánea anuncia el Señor de cielos y tierra á todo hombre que no teme encontrar á Dios. Lo propio de este acto soberano es no exigir del espectador ni estudio, ni ciencia, ni disposición alguna que cueste tiempo ó distinción, sino solamente buena fe. Es tan extraño á todos los procedimientos humanos, que si es que no engendra el conocimiento, produce al menos la confusión, y que el rebelde no tiene mas que el silencio contra la exclamación del hombre recto: *Digitus Dei est hic* (1). Así las lenguas humanas, órganos misteriosos de la verdad, han dado un nombre particular al acto por el que ejerce Dios su soberanía sobre la naturaleza, y por el que manifiesta instantáneamente su presencia á los hombres; le han llamado *milagroso*, es decir, el acto maravilloso por excelencia, el acto que constituye el poder público de Dios.

¿Pero lleva Jesucristo en su frente este signo de la fuerza absoluta? ¿Obró en verdad milagros? ¿Ejerció el poder público de Dios?

Un dia envia Juan Bautista á sus discípulos para preguntarle: *¿Eres el que ha de venir, ó hemos de esperar á otro?* Jesucristo les responde: *Id y anunciad á Juan lo que habeis oido y lo que habeis visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son curados, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados* (2). Es decir que Jesucristo, ese hombre en quien hemos reconocido el carácter mas admirable que haya señalado la historia, no teme dar por prueba de su misión y de su divinidad toda una serie de hechos milagrosos obrados por él. Y en efecto, desde la primera hasta la última de sus páginas, el Evangelio es un tejido de palabras sencillas que llegan hasta el fondo del alma y de palabras prodigiosas que trastornan la naturaleza hasta en sus fundamentos. En vano se intenta separarlas y ver dos obras en una sola obra; el Evangelio resiste á este análisis que pretende extraer de su seno la sustancia moral con desprecio de la sustancia milagrosa, arrebatar al taumaturgo el apoyo del sabio, y al sabio el apoyo del taumaturgo. Ambos se sostienen estrechamente unidos contra los sutiles

(1) Exodo, cap. 8, vers. 19. — (2) San Lucas, cap. 7, vers. 20 y 22.

esfuerzos de la incredulidad; la doctrina apoya el milagro, el milagro justifica la doctrina, y el Evangelio recorre el mundo con un carácter invencible de unidad, que no sufre ni obtiene para Jesucristo sino un odio absoluto ó una total adoracion.

Esta unidad es por sí sola, para quien reflexione profundamente, una demostracion. Sin embargo, la incredulidad, asombrada de no poder dividir á Jesucristo, se revuelve sobre sí misma y se pregunta con ansiedad: ¿Será, pues, cierto que Jesucristo diese vista á los ciegos, piés á los cojos, pureza á los leprosos, oído á los sordos y vida á los muertos? ¿Será cierto que obrase como Señor de la naturaleza, y que cada día, á vista del pueblo, á la claridad del sol, su dedo creador probase que habia en él una virtud divina? ¿Será verdad que esto sea así? ¿No hay una horrible mentira ingerta en la sinceridad de esa vida?

Señores, el Evangelio es de un tiempo histórico, es una historia. Los milagros de Jesucristo se hicieron en las plazas públicas, en presencia de una multitud innumerable de todas condiciones, ante enemigos numerosos y encarnizados. Eran la base de una enseñanza que dividia un país, y que en breve dividió el universo. Si á pesar del carácter de verdad que hace del Evangelio un libro singular, sospechais de su testimonio por juzgar que fué obra de los que creian en Jesucristo, no podeis por una razon contraria, sospechar de los relatos y de las impresiones de los que no creian en el nuevo Maestro, y perseguian en todo el mundo á sus discípulos, sus doctrinas y hasta su nombre. Habíase empeñado un debate público; un hombre se habia llamado Dios, y habia muerto por haberlo dicho; su nacion, dividida sobre su sepulcro, apelaba de aquella sangre, y se apelaba de ella á aquella sangre derramada que hallaba por todas partes adoradores: habia allí un interés supremo y una suprema publicidad. Ahora bien, la publicidad es un poder que obliga á los enemigos de una causa á pronunciarse en voz alta y á concurrir á pesar suyo á la formacion auténtica de una historia que detestan y que quisieran aniquilar. Pero es en vano: la publicidad les apremia; es fuerza que hablen, y que aunque sea calumniando digan la verdad en cuanto sea suficiente para que no pueda perecer. Esto es, señores, lo que salva la historia. No hay nada en el mundo que mas se desee, en nada trabajan mas ardientemente los opresores de los pueblos y los opresores de Dios, que en impedir que exista la historia; contra ella reunen el silencio de los cuatro vientos del cielo; encierran su víctima en los profundos y estrechos muros de los calabozos; colocan á

su alrededor cañones, lanzas, todos los aparatos de la amenaza y del miedo; pero la publicidad es mas fuerte que todo imperio; arrastra á los mismos que la execran; les obliga á hablar, desvíanse los cañones, bájanse las lanzas y pasa la historia!

Así ha pasado, señores, la historia de los milagros de Jesucristo. Ha pasado por sus mismos enemigos, por los fariseos que habian crucificado á Jesucristo, por los racionalistas paganos que crucificaban su memoria. Era muy necesario que los judíos deicidas se explicasen en presencia de una publicidad que llenaba la tierra, acerca de la vida milagrosa de Cristo; era preciso que pronunciasen un sí ó un no; y el no, no se atrevieron á decirlo, porque nadie en el mundo en cuanto habla puede decir una mentira absoluta sobre hechos públicos. La mentira absoluta es tan imposible en el orden histórico, como lo es el error absoluto en el orden de la especulacion. Los judíos han desnaturalizado los milagros de Jesucristo, mas no los han negado. Han escrito que Jesus habia robado en el templo el nombre incommunicable de Dios, y que con auxilio de este nombre soberano era como mandaba á la naturaleza. Esta explicacion se halla consignada en los monumentos mas graves de su tradicion, y eso es todo cuanto han podido contra la memoria acusadora de Jesucristo, contra esa sangre cuyo derramamiento todo el mundo les echaba en cara y de que les acusa todavía. ¿Pero podian hacer mas? La publicidad es la soberana de los hombres que han visto; múdase en tradicion sobre su sepulcro, y les persigue de siglo en siglo, de justicia en justicia, hasta su última posteridad.

Los racionalistas gentiles vienen á su vez á poner la mano en la historia de Jesucristo. Es cierto que no habian tomado parte en su suplicio y que no era su sangre lo que les daba miedo; pero Jesucristo habia derramado por el mundo, juntamente con su sangre, una verdad que reducía á la nada la razon de los sabios; ¿podian perdonarle esto los sabios? Tuvieron pues que dar un texto crítico de su vida, y emplear para rebajarla cuantos recursos podian presentar las tradiciones y discusiones de su tiempo. ¿Y qué dijeron de los milagros de Jesucristo? ¿Qué dijeron Celso, Porfirio, Juliano, hombres por siempre ilustres, por haber sido desde los primeros siglos de la era cristiana, los heraldos del Hijo de Dios en los oficios incomparables de la enemistad? ¿Negaron que hubiera hecho Jesucristo obras maravillosas en apoyo de su doctrina? No lo negaron mas que los judíos; solo representaron á Jesucristo como un hábil mago. ¿Y por qué un mago y no un sabio? ¿Qué necesidad

habia de tan extraña expresion? Era porque estaba presente la historia, y si bien se podia desfigurar la parte milagrosa de Jesucristo, no se podia pasar en silencio.

Queda pues probado, señores, hasta con el testimonio de los enemigos de Cristo, que su predicacion fué acompañada de sobrehumanos prodigios. Pero no deben estos motivos exteriores de fe, con ser tan graves, separarse del carácter íntimo del Evangelio y de Jesucristo. Todo se traba en un edificio, desde la base hasta la cima. Si Jesucristo fué de un natural sincero, como hemos demostrado, de un natural marcado con el sello de una superioridad divina, su sinceridad y su superioridad producen la confianza sobre sus milagros, así como sobre las puras afirmaciones que hizo de sí. Si Jesucristo no mintió al decir que era Dios, con mas razon no mintió al obrar como Dios. Porque es mas vergonzoso, mas contrario á la sinceridad hacer prestigios, es decir, y perdonadme la expresion, aunque ella misma manifiesta con su energía el desprecio de la humanidad á los prestigios; es mas vergonzoso, repito, ser un juglar, que un charlatan. El charlatan no emplea para engañar mas que su palabra; el juglar añade á ella villanas manipulaciones para deslumbrar los ojos de los espectadores ignorantes. Es una mentira sobre otra mentira, una indignidad sobre otra indignidad. Y por eso las lenguas humanas, hábiles para expresar el desprecio, han creado ese odioso nombre de juglar para designar con él á todo hombre que tiene la audacia de llamar al prestigio en auxilio de la impostura.

La superioridad de Jesucristo no es menos favorable á la realidad de sus milagros que su sinceridad. Ningun hombre grave y profundo usará jamás de prestigios en apoyo de una enseñanza doctrinal. Porque ¿qué es el prestigio? El empleo de una fuerza desconocida del tiempo en que se vive. Pero no tardará en venir la ciencia; ausente por un momento, es inevitable en el curso de la humanidad; llega un día en que se levanta enteramente radiante; y revolviendo su brillo investigador hácia lo pasado, lo juzga todo, lo pesa todo, lo compulsa todo, y mientras da á las verdaderas obras del genio ó de la divinidad su última consagracion, reduce á polvo las prácticas pueriles que habian sorprendido la buena fe de las generaciones inexpertas. Por eso, no se ha fundado sobre el prestigio nada grande en la tierra; toda obra de alguna fuerza y de alguna dignidad, aun cuando no estuviese exenta de falacia, ha tomado su parte de solidez de alguna cosa antigua y verdadera.

Mahoma os ofrece un ejemplo memorable de esto; autor de una revolucion religiosa en un país que no iluminaba la ciencia, empleó para su triunfo todos los medios humanos, menos el prestigio, porque el prestigio no es medio humano. Acabo de leer todo el Corán. De veinte en veinte páginas se propone Mahoma la cuestion de los milagros; se objeta ó le objetan que no los hace, y ni una sola vez se arriesga á decir que los ha hecho ó que los hará. Siempre elude esta cuestion. Invoa á Abraham, á Moisés, á todos los patriarcas, tal pasaje de su vida en que Dios le protegió; tal victoria que coronó sus armas y justificó su doctrina; afirma que Dios es Dios y Mahoma es su profeta, y hélo aquí todo. Y no es pequeña muestra de su habilidad y aun de su genio, ese desprecio del prestigio y esa firmeza en las ideas de providencia y en los recuerdos tradicionales.

¿Y queréis que se rebajase Jesucristo, el autor del Evangelio, á las mas viles imitaciones de la omnipotencia de Dios, que pasara el tiempo de su mision divina en engañar los ojos de sus contemporáneos con simulacros tan vergonzosos como impotentes? ¿Queréis que un juego tan miserable haya alcanzado el mayor triunfo de fe de que el género humano haya sido tambien el artífice? Esto no es posible. El sentido comun habla tan alto como la historia contra semejante suposicion. La vida pública de Jesucristo corresponde á su vida íntima, y su vida íntima confirma su vida pública. Se llamó Dios, se creyó Dios, obró como Dios, y precisamente porque esta posicion es de una fuerza admirable, ha sido preciso tentar contra ella los mayores esfuerzos; hablando la historia y el buen sentido muy alto en favor de Jesucristo, ha sido necesario recurrir á la metafísica y á la física para arrancarle al menos el cetro de los milagros. Veamos si se ha conseguido.

Hásenos dicho dos cosas. Se nos ha dicho primeramente: Jesucristo no hizo milagros, porque es imposible hacerlos. Se nos ha dicho en segundo lugar: Poco importa que Jesucristo haya hecho milagros, porque todo el mundo puede hacerlos, todo el mundo los ha hecho, todo el mundo los hace.

La primera proposicion es: Jesucristo no hizo milagros, porque es imposible hacerlos. ¿Y por qué? Porque la naturaleza está sometida á leyes generales que forman de su cuerpo una armoniosa y perfecta unidad en que cada parte corresponde al todo, de manera que violada en uno de sus puntos, pereceria toda á un mismo tiempo. El orden, aun cuando viene de Dios, no es una cosa arbi-

traria que pueda destruirse ó mudarse á placer; el órden excluye necesariamente el desórden, y no podria concebirse mayor desórden en la naturaleza que esa accion soberana que tuviera el poder de quebrantar sus leyes y su constitucion. El milagro es imposible por estos dos títulos: imposible como desórden, imposible porque una violacion parcial de la naturaleza seria su aniquilamiento.

Es decir, señores, que le es imposible á Dios manifestarse por medio del solo acto que anuncia pública é instantáneamente su presencia, por el acto de soberanía. Mientras que el último de los seres tiene el derecho de mostrarse en el seno de la naturaleza, por el ejercicio de la fuerza que le es propia, mientras el grano de arena puesto al crisol del químico responde á sus preguntas con signos característicos que le clasifican en los registros de la ciencia, ¿estará prohibido solo á Dios manifestar su fuerza segun la medida personal que le distingue, y que le constituye un ser aparte? No solamente no se habria manifestado Dios, sino que le seria eternamente imposible manifestarse, en virtud del órden que ha creado. Obrar es vivir; aparecer es vivir; comunicarse es vivir; pero Dios no puede ya obrar, aparecer, comunicarse; esto le está prohibido. Relegado en el fondo de su eternidad oscura y sorda, si le preguntamos, si le suplicamos, si clamamos á él, no puede respondernos, aun suponiendo que pueda hacerlo, mas que esto: « ¿Qué quereis? He hecho leyes; preguntad al sol y á las estrellas, preguntad al mar y á las arenas de sus playas; en cuanto á mí, mi suerte está consumada; yo no soy ya nada mas que el reposo y el siervo contemplativo de las obras de mi diestra. »

Ah! señores, no es así como ha comprendido hasta ahora á Dios la humanidad entera. Hále comprendido como un ser libre y soberano; y aunque siempre no haya tenido un conocimiento exacto de su naturaleza, á lo menos nunca le ha negado el poder y la bondad. Segura de estos dos atributos del Padre celestial, ha hecho subir hácia él siempre y en todas partes su inextinguible súplica; ella se lo ha pedido todo, y cada día le pide, postrada de rodillas, la luz del entendimiento, la rectitud del corazón, la salud del cuerpo, el alejamiento de las calamidades, la victoria en la guerra, la prosperidad en la paz, la satisfaccion de toda necesidad en el cielo, en la tierra y en los infiernos.

Tal vez haya aquí alguna pobre mujer que apenas entienda lo que digo. Esta mañana se ha puesto de rodillas á la cabecera de su hijo enfermo; y abandonada de todos, sin tener pan para el día, ha

cruzado sus manos, ha invocado al que hace madurar el trigo y que crea la caridad, y le ha dicho: « Señor, socorredme, daos prisa á venir! » Y en el momento mismo en que hablo, se levantan á Dios innumerables voces desde todos los puntos de la tierra para pedirle cosas en que la naturaleza nada puede por sí sola, y en que esas almas están persuadidas de que Dios lo puede todo. ¿Y quién es el que se engaña aquí? ¿Quién se engaña, el metafísico ó el género humano? ¿Y cómo nos ha enseñado la naturaleza á despreciar la naturaleza para confiarnos á Dios? Porque no es la ciencia la que nos enseña á orar; oramos á pesar de la ciencia; y como no hay en el mundo mas que ciencia, la naturaleza y Dios, si oramos á pesar de la ciencia, es preciso que sea la naturaleza ó Dios quien nos enseña á orar y creer con todo nuestro corazón en los milagros del poder y de la bondad divina. Segun esto, que la naturaleza se resienta ó no de ello, y que haya de perecer siempre que Dios la toque con su dedo, es cosa seguramente que debe inquietarnos poco. Sin embargo, por consideracion á ciertas almas, probaré que el milagro en nada atenta al órden natural.

La naturaleza, como ya hemos dicho, se reduce á tres elementos: las sustancias, las fuerzas y las leyes. Las sustancias son esencialmente variables; mudan de figura, de peso, se combinan y separan á cada instante. Las fuerzas lo son tambien; se aumentan y disminuyen, se acumulan ó aflojan. Solo son inmutables las leyes matemáticas, que gobiernan á un tiempo las fuerzas y las sustancias, y de donde depende todo el órden del universo. La movilidad de las fuerzas y de las sustancias esparce en la naturaleza el movimiento y la vida; la inmutabilidad de las leyes matemáticas conserva en ella un órden indefectible. Sin las primeras, todo estaria en ella muerto; sin las segundas, todo seria un caos. Esto supuesto, ¿qué es lo que hace Dios cuando obra un milagro? ¿Toca al principio del órden universal, que es la ley matemática? De ningun modo. La ley matemática pertenece á la region de las ideas, es decir, á la region de lo eterno y de lo absoluto; en ello nada puede Dios, porque es él mismo. Pero obra sobre las sustancias y sobre las fuerzas; sobre las sustancias que son creadas, sobre las fuerzas que tienen su raíz en su voluntad suprema. Semejante á nosotros, que no obstante hallarnos sometidos á las combinaciones generales de la naturaleza, sacamos de nuestra íntima vitalidad movimientos en apariencia contrarios á las reglas de la gravedad, obra Dios sobre el universo como nosotros obramos sobre nuestro cuerpo. Aplica en alguna